

LA MOVILIZACIÓN ANTIKIRCHNERISTA DE “CLASE MEDIA”. ENTRE LA CRISIS DE REPRESENTACIÓN Y LA RECOMPOSICIÓN NEO POPULISTA DEL CONSENSO

THE ANTI KIRCHNERIST MOBILIZATION OF “MIDDLE CLASS”. BETWEEN THE CRISIS OF REPRESENTATION AND THE NEO POPULIST RECOMPOSITION OF THE CONSENSUS

Adrián Piva
CONICET – UBA - UNQ
apiva72@hotmail.com

Resumen

En este artículo pretendemos abordar el nexo entre rechazo de la política y antipopulismo en las protestas de los “sectores medios” a la luz de la crisis de representación de 2001/2002 y de la posterior recomposición neo populista del consenso. Se trata, por lo tanto, de aproximarnos a una interpretación de la protesta de los “sectores medios” desde 2003, en particular desde 2006/2007, a partir del problema planteado. Ello nos exigirá extender el análisis al impacto de las transformaciones estructurales en las “clases medias” y a los modos de la protesta durante los años '90, en particular en la crisis de 2001.

Abstract

In this article we address the nexus between rejection of politics and anti-populism in the protests of the "middle sectors" in light of the crisis of representation in 2001/2002 and the subsequent neo populist recomposition of the consensus. It is, therefore, to approach an interpretation of the protest of the "middle classes" since

2003, particularly since 2006/2007, from the point of view of the proposed problem. This will require us to extend the analysis to the structural changes and the modes of protest during the '90s, especially in the 2001 crisis.

Palabras clave: Clase media, protesta, consenso, populismo, crisis de representación.

Key words: middle Class, protest, consensus, populism, crisis of representation.

Introducción

Es amplia la literatura que ha registrado el aumento del número y el creciente peso político durante los años '90, de los conflictos y protestas protagonizados por actores cuyas identidades se articulan fuera del campo de la producción y de las identificaciones clasistas. La presencia de esos actores en la protesta ha continuado siendo relevante desde 2003, aun en un contexto de recuperación de la acción sindical.

En otro lugar hemos señalado algunas características que atraviesan a ese heterogéneo conjunto de protestas, aquí simplemente las mencionamos.

En primer término, su radicalidad. Fue usual la apelación a cortes de rutas y calles, la ocupación y el ataque a edificios públicos, las puebladas y el ataque a bienes de empresas privadas.

En segundo término, las demandas demostraron, en la mayoría de los casos, una elevada capacidad de universalización y los manifestantes tendieron a asumir inmediatamente identidades universales: los vecinos, la gente, los ciudadanos, etc. Sin embargo, más que pretender la representación de la totalidad, pretendieron ser, o parecieron experimentarse como, la emergencia del propio "pueblo", de la "ciudadanía" o de la "gente", sin representación.

En tercer término, la enorme mayoría de las protestas manifiesta un carácter “antipolítico” o de “rechazo de la política”, si bien su significado varía con la variación de las identidades, de las demandas y de sus articulaciones.

Por último, aunque en diversas protestas participaron “sectores populares”, un número significativo de casos presenta indicadores de que sus protagonistas son individuos y grupos sociales pertenecientes a los “sectores medios” (Piva 2012b).

Justamente en las protestas de estos sectores aquel rasgo “antipolítico” o de “rechazo de la política” adquiere un significado particular a través de su articulación con el cuestionamiento al estilo político de gobierno en clave “anti populista”.

En este artículo pretendemos abordar el nexo entre rechazo de la política y antipopulismo en las protestas de los “sectores medios” a la luz de la crisis de representación de 2001/2002 y de la posterior recomposición neo populista del consenso. Se trata, por lo tanto, de aproximarnos a una interpretación de la protesta de los “sectores medios” desde 2003, en particular desde 2006/2007, a partir del problema planteado. Ello nos exigirá extender el análisis al impacto de las transformaciones estructurales en las “clases medias” y a los modos de la protesta durante los años '90, en particular en la crisis de 2001. En este sentido, en función de los límites de espacio, para más detalle respecto de la base empírica de este análisis y de la metodología utilizada para su construcción remitimos a otros trabajos en los que fueron más ampliamente expuestas.¹

Antes de abordar directamente el problema debemos, sin embargo, referirnos brevemente a la categoría “sectores medios”, dada la diversidad y ambigüedad de su uso y las dificultades que presenta su definición teórica.

La “clase media”: ¿clase o identidad?

El problema de “los sectores medios” o de “las clases medias” ha ocupado un lugar ciertamente importante en la historia de las ciencias sociales, en particular

en la sociología. Por otro lado, si bien el término “clase media” se remonta a su uso para denominar a la burguesía ascendente y diversos esquemas o modelos de tres o más clases o estratos son anteriores a la sociología y a la disputa con el marxismo, su papel en el rechazo de los modelos basados en el antagonismo “Capital/Trabajo”, propio de la tradición marxista, es inocultable desde la obra de Weber, pasando por el funcionalismo de Parsons, hasta las teorías de la estatificación y de la movilidad social de la segunda posguerra. También son inocultables las dificultades para salir del clásico esquema dicotómico en el hecho de que “las clases medias” se hayan convertido en una especie de bolsa donde termina todo lo que no encaja ni en burguesía ni en clase obrera – en muchos casos siendo lo único que tienen en común entre sí – o que pudiendo encajar le es sustraído en cuestionables decisiones teóricas. También debe decirse que el problema de las clases medias fue el pantano del que nunca pudo salir el pensamiento marxista, o al menos del que no salió sin desgarramientos y transformaciones que afectaran su coherencia interna. Detrás de ello se ocultaba la ausencia de una teoría marxista de las clases, nunca desarrollada por Marx y abordada de manera incompleta o insatisfactoria por sus sucesores.

Más allá de los debates y del papel ideológico de la noción de “clase media”, la evidencia indica, y ello funda el verdadero problema, la existencia de actitudes, representaciones, modos y orientaciones de la acción de determinados grupos de individuos que se diferencian de otros grupos subalternos (constituidos mayoritariamente por asalariados) y de la clase dominante (constituida mayoritariamente por capitalistas de la ciudad y del campo). Pero que, además, generalmente, se orientan hacia tal diferenciación, es decir, que la búsqueda de dicha diferenciación es un motivo de sus acciones.

La explicación de este hecho condujo a muchos investigadores (incluidos los marxistas) a buscar un fundamento objetivo, de orden económico/material y/o normativo, basado en juicios de valor, de la existencia de “sectores medios”.

Empecemos planteando que ni para los marxistas ni para los sociólogos fueron un problema las viejas clases medias, constituidas por la pequeña

burguesía, propietarios de medios de producción y cambio no liberados del trabajo. Estas tienden a reducir su proporción en la sociedad con el desarrollo del capitalismo y se comprende fácilmente su diferencia con la burguesía y el proletariado. El desafío lo presentaron las denominadas “nuevas clases medias” constituidas mayoritariamente por asalariados que presentan orientaciones que divergen significativamente de los otros grupos obreros y que se asemejan en diversos aspectos a la vieja pequeña burguesía. Estas “nuevas clases medias” crecieron en términos absolutos y relativos durante el siglo XX y sus actitudes, representaciones, orientaciones y modos de actuar han sido descriptos pero no satisfactoriamente explicados.

La búsqueda de un fundamento objetivo a dichos fenómenos se remonta a Weber, con su distinción entre situación de clase – originada en capacidades diferenciales de competencia en el mercado – y situación de status, debida al prestigio social (Weber 1996). En Parsons y el funcionalismo en general se otorgó centralidad a la construcción de escalas ocupacionales ordenadas según prestigio social, además de haber puesto a las orientaciones de “las clases medias” y a la adecuación/inadecuación entre roles y expectativas en el centro de las explicaciones del nazismo y el fascismo (Parsons 1976). Fue en ese marco, y fundamentalmente en la sociología de posguerra, donde se vinculó más claramente ese conjunto de orientaciones de la acción con las ocupaciones asalariadas no manuales y con aquellas que requerían calificaciones técnico – profesionales. Al tiempo que se planteaba la tendencia al crecimiento absoluto y relativo de esos empleos. No tenemos espacio aquí para referirnos a la multitud de trabajos y diversidad de enfoques, sólo para mencionar algunos referimos a Lipset (Lipset y Bendix 1963), Mayer (1961), Lockwood (1962) y Dahrendorf (1979). Cabe destacar la influencia en las últimas dos décadas del trabajo de Goldthorpe sobre estratificación social, aunque su trabajo se remonta a fines de los años ´60, en particular en la cuestión de las clases medias a partir de las categorías de clase de servicio - constituida por profesionales, funcionarios, gerentes y mandos medios no manuales en general - y de clases intermedias – que incluyen

empleados no manuales, técnicos y supervisores no manuales y manuales y a la vieja pequeña burguesía.² (Goldthorpe y McKnight 2004). En lo que refiere a los estudios sobre las representaciones y prácticas que caracterizan a estos sectores y sobre sus estrategias de reproducción y distinción cabe destacar también la influencia de Bourdieu (1988).³

En definitiva, la sociología ha tendido a identificar a las “nuevas clases medias” con el trabajo no manual y con la posesión de determinados conocimientos y grados de control y autonomía en el proceso de trabajo.

En el marxismo, más allá de la estrecha definición inicial de clase obrera de Poulantzas, que excluía todo el trabajo improductivo, el esfuerzo estuvo orientado a la especificación de “posiciones ambiguas” o “situaciones contradictorias de clase” (Carchedi, 1977; Wright, 1983), es decir, las de aquellos asalariados que son constituidos por las relaciones sociales en las que existen como personificaciones del capital frente al trabajo y del trabajo frente al capital (Piva, 2008).⁴

De un modo general y provisorio podemos decir que en todos estos casos se destaca un sector de los asalariados con una capacidad diferencial para competir en el mercado de trabajo, lo que tiene efectos, entre otras variables, en el tipo de empleo, los ingresos y el grado de control y autonomía en el proceso de trabajo. Este “fundamento objetivo” puede ciertamente tener efectos sobre ciertas representaciones y prácticas que los identifiquen como clase media.

- 1) Porque la capacidad diferencial de venta de la fuerza de trabajo se traduce en condición de posibilidad de una diferenciación de status.
- 2) Porque la posibilidad objetiva de movilidad social ascendente, promoción, logros de carrera, etc. posibilitan el desarrollo de actitudes individualistas, del ideal de promoción y logro como motivo de la acción y actitudes conservadoras del status quo, etc. que los acerquen a la vieja pequeña burguesía.
- 3) Porque las chances diferenciales de vida vuelven posible (aunque esto es muy variable entre épocas y regiones) la interacción regular y la vecindad

geográfica entre sí y con la vieja clase media propietaria y la difusión de representaciones y pautas de comportamiento comunes y diferenciadas de las de obreros y capitalistas.

- 4) Porque en situaciones de crisis, dado que su status se basa en la reproducción de la estructura de diferencias, pueden “experimentar” pánico de status o de amenaza de privación de status (para decirlo en términos de la sociología funcionalista) que la aproximen, identifiquen o unifiquen con la vieja clase media en su respuesta.

Sin embargo, la tesis del fundamento objetivo de una “clase” - en el sentido fuerte del término – “media”, tiene una aplicación débil por varias razones: porque posibilidad no es necesidad, lo cual no es sólo una verdad de perogrullo porque muchos de los asalariados incluidos en “las clases medias” pueden desarrollar en sus trabajos la tendencia a organizarse sindicalmente y a aproximarse a otros grupos de clase obrera; porque aun la existencia de actitudes y orientaciones comunes no se traduce necesariamente en acciones y/o identidades colectivas (de hecho la experiencia histórica muestra como tienden a la dispersión o a la fractura en coyunturas críticas); y porque la heterogeneidad de estos grupos de individuos (propietarios y no propietarios, asalariados con mando y sin mando, burócratas estatales y profesionales del sector privado, etc.) plantea dificultades para considerarlos algo más que una categoría de clasificación socioeconómica según atributos comunes. Pero fundamentalmente porque dado que los asalariados que “caen” dentro de la “clase media” lo hacen en virtud de una capacidad diferencial de competencia en el mercado de trabajo, la variabilidad histórica y geográfica de lo que es y no es clase media es enorme. Por dar sólo un ejemplo, un estudio reciente de la CEPAL muestra que en Latinoamérica en los últimos 20 años la diferencia entre ocupación no manual y manual de nivel bajo tiene menos relevancia en la diferencia de ingresos y que la educación ha visto devaluado su papel en la generación de ingresos (Franco, Hopenhayn y Leon 2011). Las dificultades para sostener una diferencia de clase entre asalariados manuales y no manuales es cada vez mayor, en todo el mundo. La difusión de calificaciones y la

introducción de nuevas tecnologías son factores de pérdida masiva de capacidades diferenciales de competencia en el mercado de trabajo y de creación de nuevas. Su velocidad, además, contrasta con la capacidad de asimilación de estos cambios y de reestructuración de sus identidades por individuos y grupos, los cuales están mediados por aspectos independientes de la mera estructura de diferencias económico - sociales.

De hecho, la “clase media” como hecho objetivo o es difícil encontrarla como actor colectivo o cuando existe (como en el caso argentino) abarca bastante más que su “fundamento objetivo” y algo menos también.

No intentamos negar la importancia para ciertas explicaciones de aquellas determinaciones, sino enfatizar, sobre todo para la argentina de los últimos 60 años, que “clase media” es ante todo una categoría sociocultural, que refiere a ciertas prácticas y representaciones comunes a un muy heterogéneo conjunto de individuos, y una identidad política, pero no una clase.

Particularmente, en Argentina, como lo muestra en su historia de la “clase media” Ezequiel Adamovsky (2009), dicha identidad política y el conjunto de valores y representaciones a ella adherida, tiene fecha de nacimiento con el surgimiento del peronismo. Es en la oposición al peronismo que se construyó la “clase media” argentina. Nuevamente por razones de espacio remitimos al trabajo citado, pero baste decir que dicho proceso de construcción de la nueva identidad se apoyó en procesos de diferenciación y de cambio cultural desarrollados desde la última parte del siglo XIX y, particularmente, durante las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, hasta los años '40 no dieron lugar más que a una serie de actitudes y orientaciones individuales e individualistas, aunque relevantes en términos de la modelación de los conflictos sociales y de los modos de dominación política. Fue a partir del golpe del '43 y de la emergencia del peronismo que, en el marco de un intenso proceso de movilización social, aquellos elementos se articularían cobrando un nuevo significado y constituyendo el fundamento de una identidad colectiva.

Los orígenes del peronismo, la doble movilización y la constitución de una identidad de clase media

Gino Germani (2003) señalaba que los estudios sobre los orígenes del peronismo habían prestado especial atención a la movilización de los trabajadores, pero que en el período abierto con el golpe de junio del '43 se desarrolla de manera simultánea un doble proceso de movilización: el de los trabajadores y el de las "clases medias". De acuerdo a Germani la de esta última era una "movilización secundaria" (ya que esas masas se encontraban integradas a la vida política) y su objetivo era la recuperación de las libertades políticas. Si la movilización de los trabajadores culminó en la constitución de los trabajadores como sujeto político bajo el signo del peronismo, la movilización de los "sectores medios" dio lugar a la formación de la "clase media" como identidad política, en un proceso que abarcaría los dos gobiernos peronistas y el período posterior al golpe de 1955.⁵

El núcleo del fenómeno populista en América Latina es la incorporación política de grupos sociales movilizados y políticamente excluidos, en contextos de transformaciones aceleradas y de crisis de hegemonía, lo específico del peronismo fue que ese proceso de incorporación política fue el de la clase obrera sindicalmente organizada. Por otra parte, dicho modo de incorporación política reflejó la crisis de hegemonía en la que tenía lugar. La incorporación política populista de las "masas disponibles", en el lenguaje de Germani, no fue su institucionalización sino, por el contrario, la manifestación política de la imposibilidad de su institucionalización. Esto se reflejó en el análisis del peronismo clásico y de la dinámica de la lucha de clases en Argentina hasta 1976 en conceptos como "empate hegemónico" (Portantiero, 1977) o como "alianza de clases defensiva" (O'Donnell, 1996). Ambos daban cuenta de un "exceso" de movilización respecto de la capacidad de internalización de las contradicciones sociales del régimen político. La "división dicotómica del campo social" y el desplazamiento del antagonismo interno al movimiento nacional-popular hacia una oposición patria-anti patria o pueblo-antipueblo es también parte de este fenómeno

(Piva, 2013). Este fue el marco de la constitución de la “clase media” como una identidad constituida – y por lo tanto atravesada – por la oposición populismo – antipopulismo. La constitución de los trabajadores como sujeto político bajo el signo del peronismo dejó marcas en el mundo obrero y popular en los modos de pensar, sentir y actuar y, por lo tanto, en el modo de sus respuestas ante nuevos fenómenos de crisis y en el modo de su propia crisis. Lo mismo es cierto para la “clase media”. No se trata de herencias persistentes o de esencias inmodificables del “ser peronista” o del “ser clase media”, sino de una subsistencia mediada por la actualización de prácticas políticas y por las formas de movilización política de los trabajadores y de la “clase media”. Ello implica que estas identidades mutan, que son rehechas cada vez y que ello no puede dejar inmodificado el contenido que es movilizad.

Impacto en la “clase media” de las transformaciones estructurales de la década del ‘90

Esta existencia de la “clase media” como identidad otorga relevancia al análisis de ciertos cambios en la estructura social, en la medida que pueden ser significados desde marcos normativos y a partir de ciertos elementos básicos de una cosmovisión compartidos por quienes así se identifican.

Nuevamente por razones de espacio seremos muy breves, además de que se trata de hechos conocidos.

En primer lugar, desde 1995 se observa una tendencia a la caída de los salarios que afecta a casi la totalidad de los asalariados. Esta tendencia refleja un cambio de etapa post crisis del tequila. A partir de allí, los más moderados aumentos de productividad, darán un lugar predominante en las estrategias de competitividad a la extensión e intensificación de la jornada laboral y a la reducción del salario nominal, en un marco de apertura externa y tipo de cambio fijo. Esto se combinará con las crecientes presiones por la reducción del gasto público (Piva, 2013).

En segundo lugar, toda una serie de estudios señalan la existencia de un proceso de heterogeneización y fractura de “las clases medias”, sociológicamente definidas. Por un lado, señalan la fractura entre ganadores y perdedores (Svampa y González Bombal, 2002). Un sector de ganadores podrá aspirar a más altos estándares de consumo y su diferenciación como capa social se expresará en un nuevo estilo de vida, en su aislamiento y el cierre espacial a través de barrios cerrados y countries, etc. Los perdedores verán caer sus ingresos y precarizar sus condiciones de trabajo y de vida. Dentro de ellos se desarrollará una fracción de “nuevos pobres” y, junto con el empobrecimiento, estrategias adaptativas que apelarán a las diferencias de capital social y cultural respecto de los otros desposeídos (Kessler y Di Virgilio, 2008). Trabajos más recientes han confirmado el incremento de la desigualdad, el predominio de una movilidad social de corta distancia (frente a las mayores posibilidades de movilidad social de larga distancia en la década del '60) y una mayor fragmentación de los “sectores medios” (Dalle, 2011; Salvia y Quartulli 2011).

En tercer lugar, esta fractura y heterogeneización se manifiesta también entre los pequeños propietarios, entre los cuales muchos sufrieron empobrecimiento y/o expropiación mientras que algunos sectores pudieron prosperar.

En cuarto lugar, en un nivel más coyuntural, aunque relevante para entender la generalización del proceso de movilización en 2001/2002, desde 1999 todas las capas de “las clases medias” resultan afectadas por la extensión y profundización de la crisis.

Sin embargo, no es posible establecer un vínculo mecánico entre la afectación de las condiciones materiales de existencia de asalariados y pequeños propietarios y la movilización de muchos de ellos como “clase media” en 2001/2002. En este sentido, la pregunta que se plantea es ¿en qué medida aquellos marcos normativos y elementos básicos de una cosmovisión compartidos por quienes se identifican como “clase media” determinaron la activación y los modos de intervención de la “clase media”? Pero, además, la fractura y

heterogeneización de la “clase media” ¿se tradujo en diferencias significativas en las respuestas frente a la crisis? Lo que aparece de nuevo en estas preguntas es la relación de la identidad “clase media” con algún “fundamento objetivo”.

La movilización de la clase media en 2001 y la crisis de representación

Planteábamos más arriba que Germani señalaba la existencia a partir de junio de 1943 de un doble proceso de movilización: el de los trabajadores y el de las “clases medias”. Afirmábamos nosotros, retomando también a Adamovsky (2009), que esa movilización es la que daría lugar a la constitución de una identidad política de “clase media”.

La crisis de 2001 también estuvo caracterizada por un proceso de movilizaciones simultáneas, aunque en este caso todas se orientaron, u objetivamente confluyeron, contra el gobierno. La imagen difundida - por la militancia política, el periodismo y rápidamente popularizada - de “Piquetes” y “Cacerolas” como protagonistas de las protestas, simplifica lo que en realidad fue un proceso de movilizaciones múltiples, yuxtapuestas temporalmente pero con escaso o nulo grado de articulación y un alto grado de heterogeneidad en sus orientaciones, demandas y modos de acción. Sin embargo, tiene el mérito de poner de relieve – al modo de las caricaturas – la presencia de una movilización “popular” y de otra de “clase media”. La “popularización” de esta imagen es todo un dato que debiera ser analizado en sí mismo, y que además se corresponde con la oposición, también popularizada, entre el “19 de diciembre” (pacífico y poblado de ciudadanos y/o familias de clase media con sus cacerolas) y el “20 de diciembre” (violento y con protagonismo de la izquierda y de los piqueteros). Y, más allá de las simplificaciones, “algo de esto hubo”. La auto identificación de los manifestantes como “personas de clase media” atravesó un sinnúmero de protestas, al tiempo que las inferencias ecológicas, por la zona de residencia de los manifestantes cuando las noticias lo informan, o las que pueden realizarse por el cruce de demandas, tomando en consideración que existe una serie de

demandas tradicionalmente formuladas por la “clase media”, recortan una serie de protestas como un subconjunto particular.

La crisis de 2001 fue centralmente una crisis de los mecanismos de intermediación política. Pero también en este aspecto los modos de intervención expresaron la crisis de los mecanismos de mediación política que eran específicos de los diferentes grupos sociales. Si los saqueos expresaron el desborde y la crisis de los mecanismos de mediación clientelar, la movilización de la “clase media” tendió a convertirse en una movilización de los “ciudadanos” contra sus representantes, en una crisis del lazo de representación.

El vínculo clientelar, o como lo define Auyero la resolución de problemas a través de la mediación política personalizada (Auyero, 2001), no es un vínculo de representación. No se trata de una relación simétrica: el pobre está inserto en un mundo de necesidades y su vínculo al esquema clientelar es fundamental en su estrategia de reproducción, pero, al mismo tiempo, es la reproducción de un modo de incorporación política, de una cultura o tradición política. Su éxito y continuidad se basa, sin embargo, en la capacidad (limitada y dependiente) del “patrón” para responder a las demandas de los detentadores de problemas (los “clientes”) (Auyero 2001). Dicho mecanismo no suprime la competencia electoral, sino que se articula con ella. Los mediadores pueden tener relaciones de competencia y reportar a distintos jefes políticos. No existe, por otra parte, una relación mecánica entre distribución de bienes materiales y simbólicos y voto. El voto, más que un contradon – las acciones de reciprocidad se ubican fundamentalmente en el nivel cotidiano – es una convalidación del éxito de la relación y una expresión de confianza en su continuidad. Es decir, supone la validación de un vínculo de reciprocidad, asimetría y distancia pero cuya estructura no es de representación. El vínculo clientelar es la forma extrema de una noción de la política y del vínculo político dominante en los “sectores populares” y que es parte fundamental de la cosmovisión peronista: la política como resolución de problemas (“mejor que decir es hacer, mejor que prometer es realizar”, “gobernar es resolver problemas concretos”, etc.). Ello es correlativo a un énfasis en la “participación” más que en

la “representación” común a populismos y neopopulismos latinoamericanos (Touraine, 1987).

Es decir, si la crisis política y el rechazo a los partidos políticos fueron generalizados en Argentina a comienzos del nuevo siglo, la “crisis de representación” stricto sensu fue un fenómeno centralmente de “clase media”. Ello explica la centralidad, durante la crisis de 2001/2002, que adquirió esta temática en la experiencia de las asambleas populares de la Ciudad de Buenos Aires, del aspecto institucional/republicano en el cuestionamiento a la Corte Suprema de Justicia, el cercamiento del congreso frente al asedio de los “ciudadanos” manifestantes, etc. Este fue, además, el contexto significativo de las demandas de los “ahorristas estafados”. Ello explica también el impacto diferencial en el peronismo y en los partidos de la oposición de la crisis del sistema político (Torre, 2003). El peronismo sufrió fundamentalmente la apertura de una lucha al interior del aparato político que interiorizó la disputa a nivel social, lo que lo posicionó, nuevamente como en 1989, como partido del orden (Piva 2012). La oposición experimentó una fragmentación y una pérdida de votos de la que aún no se recupera (Torre 2003).

Con la crisis del alfonsinismo, el voto de la “clase media” tendió a dividirse en tendencias de centro derecha (UCEDE, Acción por la república, RECREAR) y de centro izquierda (Frente Grande, Frepaso, ARI, Proyecto sur) (De Riz y Adrogué, 1990; Torre 2003). En este sentido, ya desde 1993 algunas fracciones de los “sectores medios” se manifestaron electoralmente a través de la oposición política de centro izquierda. Las principales demandas que se expresaban en ese voto eran el rechazo a la corrupción, a la centralización de atribuciones en el ejecutivo, a la falta de independencia del poder judicial, al poco apego a las normas constitucionales y todo ello tendía a condensarse en un rechazo al “estilo político” del gobierno. También se contaban entre las causas del distanciamiento político respecto del oficialismo el rechazo a la política de DDHH, a la política educativa y a las que, sobre todo después del “santiagazo” de diciembre de 1993, se dieron en llamar las “consecuencias sociales” del modelo.

Todos estos tópicos siguieron presentes en la creciente movilización de la “clase media” desde 1996, pero adquirió mayor centralidad la temática educativa impulsada por el conflicto docente, que actuaría como articulador del conflicto social durante el período 1997 - 1999. Puede plantearse como hipótesis que la tendencia a la pauperización y expropiación a que estuvieron sujetos estos sectores – a la que nos referimos en el apartado anterior - actuó como condición de posibilidad de una movilización que fue estructurada por su percepción generalizada de afectación de valores y demandas históricas y que en tanto representaciones compartidas los constituía como “clase media” a pesar de su heterogeneidad interna. Este hecho es fundamental en la medida que enmarcó la respuesta a los efectos de la reestructuración del capital en términos de ingresos y propiedad. Estos tendieron a ser representados como “consecuencias no deseadas del modelo” y atribuidos a la “corrupción” y a “la ausencia de transparencia institucional”. Esta caracterización tendió a fundamentar una actitud dual hacia el programa de reformas: apoyo a su núcleo duro – principalmente privatizaciones y convertibilidad – y rechazo de sus consecuencias indeseadas. Dicha posición subsistió hasta que, desde el año 2000 y especialmente durante el año 2001, las tendencias a la pauperización y expropiación de estos sectores se volvieron masivas y amenazaron su reproducción como colectivo, como categoría social.

La tensión centro derecha/centro izquierda – que internalizó el voto de la Alianza - es expresión de una dimensión más general. Aquellas demandas comunes, que expresan hábitos y representaciones compartidos por la “clase media” y que constituyen el núcleo de su identidad política, carecen de un significado claramente fijado, funcionan como “significantes flotantes” y su articulación con otras demandas puede darles un carácter conservador o reformista y, en situaciones de crisis, restaurador del orden o tendiente a su cambio. Esa disputa se desarrolló al interior de la “clase media” y tuvo como un escenario particularmente importante de ese desarrollo, especialmente en diciembre de 2001, a las propias acciones de protesta. Pero es claro que en su

oposición al menemismo, en el rechazo de su “estilo político”, el elemento anti populista estuvo presente, sólo que, en un contexto de ofensiva neoliberal contra el trabajo, la distribución de los grupos y fuerzas sociales en los enfrentamientos le otorgó un lugar subordinado. Si bien en la resolución de esas tensiones pudo haber influido la fractura de las clases medias a la que refieren los estudios antes citados, lo cierto es que la respuesta colectiva motivada en marcos normativos comunes parece resultar más relevante a la hora de explicar las orientaciones y los modos de la movilización de la clase media en 2001. Aquellas prácticas y representaciones comunes constituidas y reproducidas en la lucha contra el peronismo y movilizadas por el alfonsinismo envolvían ahora en su crítica al conjunto del sistema político en lo que se presentaba como una crisis de representación sin precedentes.

Las “clases medias” frente a la recomposición kirchnerista del consenso desde 2003

Entre 2003 y 2005, el nuevo gobierno de Néstor Kirchner desarrolló una estrategia de reconstrucción del consenso basada en la satisfacción gradual de demandas que abarcó a buena parte de los “sectores medios”. Dicha estrategia se basó en una agenda que retomó – selectivamente – y resignificó - una serie de reivindicaciones surgidas en la resistencia a la ofensiva neoliberal durante los años '90. Las medidas que fueron sensibles para porciones significativas de ese heterogéneo conjunto abarcaron: la devolución con pérdidas menores a las esperadas de los depósitos acorralados, la reforma de la corte suprema de justicia⁶, la anulación de las leyes de impunidad para los genocidas de la dictadura militar (punto final y obediencia debida), el impulso a la inconstitucionalidad de los indultos y el reinicio de los juicios a los militares, las purgas de las cúpulas militares y policiales, el fuerte aumento inicial de los presupuestos de educación e investigación científica, entre otras. Pero, además, estas políticas fueron enmarcadas en una estrategia y un discurso políticos centrados en la noción de

“transversalidad” que distanciaba y enfrentaba a Néstor Kirchner del Partido Justicialista y que tuvo su climax en el desafío a la conducción de Duhalde en la provincia de Buenos Aires que culminaría con su derrota electoral. En este contexto, se produjo una caída de las protestas de “ahorristas”, “vecinos” y de otros actores colectivos de la protesta que tienden a estar compuestos por individuos pertenecientes a los “sectores medios”.

Pero en los años 2006/2007 se producirá un alejamiento de los “sectores medios” respecto del kirchnerismo que se expresará en un aumento de las protestas protagonizadas por esos sectores y también en el terreno electoral. ¿Cuál es la causa de ese alejamiento y de la creciente oposición al kirchnerismo en esos sectores? Se trata de un período de altas tasas de crecimiento económico, de caída del desempleo, aumento de los salarios reales y de fuerte aumento del consumo. Todos estos indicadores impactaron fuertemente y de manera positiva en las denominadas “nuevas clases medias” y también en los pequeños propietarios. Nuestra hipótesis es que la causa debe hallarse en un rechazo de la “clase media” a la consolidación de una estrategia neo populista de recomposición del poder político y del consenso post crisis. Dicha estrategia permitió una reconstrucción de los mecanismos de mediación política con el mundo popular, a través de una reconstrucción del tejido político territorial, de una cuasi institucionalización de los conflictos con los movimientos sociales y de un retorno de la centralidad del actor sindical, en particular de la lucha salarial institucionalizada. Pero no logró, e incluso obturó, una reconstrucción del lazo de representación que afectaba fundamentalmente a la “clase media”.

Más arriba propusimos una definición de la especificidad de los populismos latinoamericanos, ahora bien, ¿qué dimensiones son las que caracterizan a la estrategia neo populista del kirchnerismo? Aquí sólo resumimos brevemente aspectos que desarrollamos en un trabajo anterior (Piva, 2013).

La primera, y central, dimensión de la lógica kirchnerista de recomposición del consenso es que se ha apoyado en la incorporación de demandas de grupos sociales movilizados.

La segunda dimensión es la escasa o nula separación entre la integración política de demandas de grupos sociales movilizados y la incorporación de parte de las organizaciones de esos grupos a la coalición política del partido de gobierno. Dicho fenómeno refiere a algo más que al lazo político establecido entre dirigentes y/o organizaciones de los grupos sociales movilizados y el partido de gobierno. Refiere a que el propio proceso de integración política de las demandas está mediado por la incorporación a la coalición política del partido de gobierno. Aunque secundaria en relación a la primera y a la tercera, resulta importante a la hora de evaluar los límites a la institucionalización de los movimientos sociales y a la canalización estatal de los conflictos sociales común a los populismos y neo populismos. Ello supuso, además, que el eje de oposición kirchnerismo/antikirchnerismo sea una dimensión explicativa en términos del vínculo entre el movimiento sindical y de desocupados y el estado. Lo mismo se ha replicado en el movimiento de DDHH y de LGTB, donde dicha oposición también se ha convertido en un eje de fractura y ha coexistido con y se ha sobrepuesto a otros anteriores.

La tercera dimensión es la particular relación con las diversas fracciones de la burguesía. Ciertas transformaciones en la política económica y en el modo de acumulación de capital devolvieron al estado una mayor capacidad de arbitraje entre fracciones del capital. Sin embargo, dicho arbitraje en el contexto de importantes cambios en la forma de estado (fin de la independencia del Banco Central, subordinación del ministerio de economía al área política del PE) fue rechazado como discrecional por parte de empresarios y fracciones burguesas. La forma y el contenido de este arbitraje se hallan estrechamente vinculados a una característica crucial del populismo y del neo populismo y del peronismo clásico y del kirchnerismo: el desplazamiento del antagonismo interno entre capital y trabajo que atraviesa a dichos movimientos hacia la oposición pueblo/grupos económicos, pueblo/capital financiero, pueblo/capital extranjero, pueblo/oligarquía, etc. La construcción del sujeto "pueblo" sólo es posible por medio de esta traducción de una escisión interna en oposición externa a grupos o fracciones de capitalistas que

encarnan los males del capitalismo mismo. Este aspecto ha adquirido mayor importancia después del conflicto con la burguesía agraria en 2008, que constituye un punto de inflexión y de acentuación de los rasgos neo populistas del gobierno.

La consolidación de una estrategia neo populista fue simultánea con el fin de la transversalidad, o al menos con su subordinación a una estrategia de armado político con centro nuevamente en el PJ. De conjunto, ambas habilitaron la identificación del kirchnerismo con la “vieja política”. El rechazo de la denominada “vieja política” ocupó un lugar importante en la crítica a la UCR y al PJ en los '90, sobre todo desde el pacto de ambos partidos para la reforma de la constitución en 1993/1994. Fue central en el crecimiento del Frente Grande y el Frepaso y en el ascenso de De la Rúa dentro del radicalismo. Se expresó también en la alianza y por centro izquierda y centro derecha en el voto al ARI, Acción por la República, Recrear y otros. Pero fundamentalmente se anudaba con la vieja tradición ciudadana, institucionalista y anti populista de la “clase media”. Sin embargo, la crítica de la vieja política tendió a convertirse con mucha facilidad, en el marco de la crisis de representación, en un simple rechazo de la política.

Decíamos al inicio que el “rechazo de la política” es una dimensión presente en la mayoría de las protestas de “vecinos”, “ciudadanos”, etc. Su núcleo es la crítica a la instrumentalización de las demandas, a su transformación en medios para la reproducción y acrecentamiento del poder político. Su forma popular es la denuncia de quienes “hacen política con los problemas de la gente”.⁷ Si bien no es específica de la “clase media” sí lo es su articulación con una crítica al estilo político del gobierno en clave antipopulista.

El aumento de la protesta, con las características enunciadas en la introducción, fue simultáneo con una serie de conflictos que concitaron la atención de la “clase media” e incidieron en su movilización. En 2006 el gobernador peronista de misiones Rovira realizaba un intento reeleccionista, que daba lugar a movilizaciones masivas en la provincia, a la formación de un frente electoral contra la reforma de la constitución liderado por el Obispo Piña y finalmente a la derrota electoral de Rovira en las elecciones de constituyentes. La situación obligaba al

gobierno a disuadir intentos reeleccionistas de peronistas en Jujuy y la Provincia de Buenos Aires donde la oposición se prestaba a dar lucha. Durante 2007 el hasta entonces kirchnerista Luis Juez, rompía con el oficialismo denunciando fraude a favor del PJ en Córdoba y realizaba hasta fin de año varias movilizaciones masivas. También en 2007 se desataba el conflicto en torno a la intervención del INDEC y el falseamiento de estadísticas oficiales. Simultáneamente en Santa Cruz se desarrollaba un largo conflicto docente que terminaría originando una crisis política con una fuerte movilización de la “clase media” y la apelación a la acción directa radical (ocupaciones de edificios públicos, cortes de rutas y calles, enfrentamientos con la gendarmería, etc.) con apoyo de los partidos de la oposición (particularmente ARI y UCR) que es por su dinámica un antecedente del denominado “conflicto del campo” de 2008. Estos conflictos jalonaron la ruptura de la “clase media” con el gobierno que tendría su punto álgido en el conflicto con la burguesía agraria en torno a las retenciones a las exportaciones agropecuarias. En este sentido, podemos observar un vínculo entre el proceso de movilización de 2006 y 2007 y la reaparición de tópicos de protesta que señalan un hiato entre los “sectores medios” y el gobierno pero que refieren de manera más general a una crisis de confianza en el sistema político que tiende a empalmar con una crítica al “estilo político” del gobierno. En este sentido, la identificación del rechazo del arbitraje del gobierno entre fracciones del capital con el rechazo de la “clase media” al estilo político populista del gobierno en particular y de la política en general fue capaz de posibilitar un apoyo masivo a las demandas de la gran burguesía agraria en las ciudades, sin el cual es imposible explicar la magnitud del desafío de la mesa de enlace al gobierno. Ese enlace entre anti política y anti populismo ha continuado presente, y aun de manera más explícita, en las convocatorias a las masivas movilizaciones de setiembre y noviembre de 2012, realizadas a través de las redes sociales y pretendidamente “no políticas”.⁸

La ausencia de un significado claramente fijado a las demandas estructurantes de la acción colectiva de “clase media”, a la que refiriéramos

cuando señalábamos la oscilación “centro izquierda/centro derecha” de sus expresiones políticas, adquiere un cariz particular a la luz de la crisis de representación. La “universalidad inmediata” de las identidades asumidas: la “gente”, los “vecinos”, los “ciudadanos”, refieren más a la experimentación de su propia protesta como la emergencia del “pueblo sin representación” que a un propósito de representación de la totalidad. El reverso de esta moneda es el extremo “particularismo” de las demandas en la medida que carecen de una referencia mediadora que las inscriba en el orden social como totalidad, es decir, carecen de mediación política. Las constituye entonces como significantes cuyo significado depende de articulaciones determinadas por los contextos de movilización. Esto permite comprender que los mismos tópicos adquieran significados incluso opuestos en el marco de la insurrección de diciembre de 2001 y en el contexto de la rebelión de la burguesía agraria en 2008. El lugar ocupado por el tópico “anti populista” en la movilización antikirchnerista y su articulación con el “rechazo de la política” tiñe el sentido de la acción colectiva de “clase media” desde 2003, y particularmente desde 2006, y, al mismo tiempo, la torna inteligible.

Por otra parte, el gobierno logró desde 2009 captar el apoyo de una parte de la “clase media” a través del relanzamiento de una agenda democrática (ley de medios, ley de matrimonio igualitario, ley de identidad de género, etc.). Ello confirma la interpelación ciudadana de esos sectores así como su oscilación ideológica entre centro izquierda y centro derecha. Pero la persistente y masiva oposición de la “clase media” al kirchnerismo en protestas y elecciones (a través de opciones de centro izquierda y de centro derecha) antes y después de ese retorno a una agenda democrática pone de manifiesto la centralidad de un marco normativo constituido en el enfrentamiento con el populismo y de contornos institucionalistas y políticamente liberales. Ello y las oscilaciones ideológicas (las más relevantes a la hora de entender fracturas políticas en la “clase media”) ponen de nuevo entre paréntesis la influencia de las transformaciones en la estructura social sobre las orientaciones y los modos de acción colectiva de un conjunto

desde siempre extremadamente heterogéneo en sus determinaciones económico-sociales.

Conclusiones

Germani señaló la existencia de una doble movilización desatada por el golpe de junio de 1943. Ese fue el contexto de la constitución de una identidad política de “clase media” y, por lo tanto, atravesada por la oposición populismo – antipopulismo. La crisis de 2001 fue centralmente una crisis política, pero se desarrolló como un proceso de movilización múltiple y con escaso o nulo grado de articulación. En esa movilización se puso de manifiesto la crisis de los modos específicos de incorporación política de cada uno de los grupos sociales movilizados. La crisis de representación stricto sensu fue una crisis de la “clase media”. La recomposición neo populista del consenso desde 2003 pudo entonces reconstruir los mecanismos de mediación política del mundo popular pero no logró recomponer el lazo de representación e incluso lo impidió. Es este marco el que permite dar cuenta del enlace entre la dimensión “antipolítica” o de “rechazo de la política” y la dimensión de oposición al “estilo político” del gobierno en clave antipopulista presentes en una multiplicidad de protestas protagonizadas por individuos de “clase media”. Ello permite dar cuenta, a pesar de la recomposición del consenso post 2001, de la persistencia de síntomas de una crisis de representación irresuelta y de la movilización de “clase media” contra el kirchnerismo.

En 1989 y en 2001, la acción de la “clase media” fue central tanto en la apertura de la crisis como en la definición del curso de su resolución. En 1989, lo fueron la demanda de orden y la adhesión de la “clase media” a la salida neoliberal de la crisis en un contexto de disolución hiperinflacionaria de los lazos sociales y de desorganización de la acción de la clase obrera, que tuvieron su climax en los saqueos masivos a comercios. En 2001, fue definitiva la movilización de la “clase media” contra el estado de sitio en la Ciudad de Buenos

Aires, al final de otra jornada de saqueos masivos. Una acción dominante en la clase media tendiente a la “restauración del orden”, como la que se verificó en gran parte del conurbano bonaerense, hubiera probablemente posibilitado resoluciones muy diferentes a la finalmente ocurrida. La pregunta que surge es ¿por qué la persistente movilización de franjas importantes de la “clase media” contra el kirchnerismo no ha tenido el mismo carácter definitorio de la situación política? Una hipótesis es que la recomposición neo populista del consenso, al mismo tiempo que inhibió la resolución de la crisis de representación de la “clase media”, determinó su aislamiento social y político. La reconstitución de los lazos de mediación política con el mundo popular dejó aislada a una “clase media” que retomó la movilización desde 2006. Tanto en 1989 como en 2001 fue la crisis política generalizada, en el marco de auténticos escenarios de crisis orgánica, y la debilidad de la clase obrera los que otorgaron el rol fundamental a la acción de la “clase media” en el curso y modo de resolución de la crisis.

Ese aislamiento se ha manifestado en “las calles” y en el terreno electoral. En la medida en que la movilización y el conflicto en el mundo obrero y popular tendieron a ser canalizados institucionalmente con relativo éxito las protestas de la clase media no han encontrado ni articulación ni confluencia objetiva con las de otros grupos sociales. En el terreno electoral el kirchnerismo ha ganado las elecciones presidenciales de 2007 y de 2011 con porcentajes cercanos o superiores al cincuenta por ciento de los votos aun perdiendo en aquellos distritos donde es mayoritario el peso electoral de los “sectores medios”.

La impotencia de la oposición política para constituirse en alternativa electoral al kirchnerismo es posible referirla también a este fenómeno. Con serias dificultades para interpelar el voto obrero y popular ha quedado reducida a aquella base estrecha de “clase media” siendo incapaz de articular una salida política a dicha situación de aislamiento. Esa incapacidad se encuentra relacionada también con la crisis de representación de la “clase media” que disuelve la acción opositora al envolverla en una crítica generalizada a la lucha política, fragmenta su acción política y mantiene irresuelta la oscilación “centro izquierda” – “centro derecha”

característica de su expresión electoral. Esto último hasta el punto que una parte, aunque minoritaria, de la “clase media” regresó después de 2009 al redil kirchnerista del que se alejara desde 2006.

El período muestra, sin embargo, dos importantes excepciones. La primera entre 2003 y 2005, cuando el kirchnerismo parecía lograr el prodigio de sustentar al peronismo en una alianza de clase obrera y “clase media”. Ello se expresó categóricamente en la victoria de Anibal Ibarra sobre Mauricio Macri en la Ciudad de Buenos Aires en 2003, en un pico de popularidad del entonces presidente Kirchner. La segunda excepción se desarrolló entre la denominada “crisis del campo” de 2008 y las elecciones de junio de 2009, cuando los sectores más pauperizados de la clase obrera de la Provincia de Buenos Aires mantuvieron sus lealtades locales pero dividieron sus opciones electorales a nivel nacional, en lo que constituyó un giro a la derecha del resultado electoral. ¿Qué clase de articulación será más probable en caso de que el kirchnerismo enfrente una nueva crisis?⁹

Referencias bibliográficas

- ADAMOVSKY, Ezequiel. (2009). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión (1919 – 2009)*. Buenos Aires: Planeta.
- AUYERO, Javier. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- BOURDIEU, Pierre. (1988). *La distinción: Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- BARROS, Sebastián. (2002). *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en Argentina entre 1976 y 1991*. Córdoba: Alción.
- CARCHEDI, Guglielmo (1977). *The economic identification of Social Classes*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- CAVAROZZI, Marcelo. (2002). *Autoritarismo y democracia*. Buenos Aires: Eudeba.

- CROMPTON, Rosemary. (1994). *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales*. Madrid: Tecnos.
- DAHRENDORF, Ralph. (1979). *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Madrid: Rialp.
- DALLE, Pablo. (2011). "Movilidad social intergeneracional desde y al interior de la clase trabajadora en una época de transformación estructural". *Revista Lavboratorio*, 24, 62-81.
- DE RIZ, Liliana y ADROGUÉ, Gerardo. (1990). *Democracia y elecciones en Argentina: 1983 – 1989*. Serie Documentos de Trabajo N° 12. Buenos Aires: CEDES.
- FRANCO, Rolando; HOPENHAYN, Martín y LEON, Arturo. (2011). "Crece y cambia la clase media en América latina: una puesta al día". *Revista de la CEPAL*, 103, 7-26.
- GERMANI, Gino. (2003). *Autoritarismo, Fascismo y Populismo Nacional*. Buenos Aires: Temas.
- GOLDTHORPE, John y MCKNIGHT, Abigail. (2004). *The economic basis of social class*. London: LSE.
- KESSLER, Gabriel y DI VIRGILIO, María Mercedes. (2008). "La nueva pobreza urbana: dinámica global, regional y argentina en las últimas dos décadas". *Revista de la CEPAL*, 95, 31-50.
- LIPSET, Seymour M., y BENDIX, Reinhard. (1963). *Movilidad en la sociedad industrial*. Buenos Aires: Eudeba.
- LOCKWOOD, David. (1962). *El trabajador de la clase media. Un estudio sobre la conciencia de clase*. Madrid: Aguilar.
- MAYER, Kurt. (1961). *Clase y sociedad*. Buenos Aires: Paidós.
- NUN, José. (1995). "Populismo, representación y menemismo". En Atilio A. Borón; Manuel Mora y Araujo; José Nun; Juan Carlos Portantiero y Ricardo Sidicaro, *Peronismo y menemismo: avatares del populismo en Argentina* (pp. 67-100). Buenos Aires: El cielo por asalto.

- O' DONNELL, Guillermo. (1996). *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós.
- PARSONS, Talcott. (1976). *El sistema social*. Madrid: Revista de occidente.
- PÉREZ, Germán. (2007). "Exceso y defecto: movilización y subjetividad desde una perspectiva sociopolítica". En Ernesto Villanueva y Astor Massetti (Comps.), *Movimientos sociales y acción colectiva en la Argentina de hoy* (pp. 42 – 50). Buenos Aires: Prometeo libros.
- PIVA, Adrián. (2008). "Monsieur le Travail, Monsieur le Capital y Madame la Terre. Notas críticas sobre la noción marxista de clase". *Bajo el Volcán*, 13, 103-135.
- PIVA, Adrián. (2012). *Acumulación y hegemonía en la Argentina menemista*. Buenos Aires: Biblos.
- PIVA, Adrián. (2012b). "¿Una nueva hegemonía? El estado frente al conflicto social en la Argentina post crisis (2003-2010)". *E-Latina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, 40, 45-66.
- PIVA, Adrián. (2013). "¿Cuánto hay de nuevo y cuánto de populismo en el neopopulismo? Kirchnerismo y peronismo en la Argentina post 2001". *Revista Trabajo y sociedad*, 21, 135 - 157.
- PORTANTIERO, Juan Carlos. (1977). "Economía y política en la crisis argentina, 1958-1973". *Revista mexicana de sociología*, 2, 531-565.
- ROEMER, John. (1989). *Teoría general de la explotación y de las clases*. Madrid: Siglo XXI.
- ROZITCHNER, León. (2003). *El terror y la gracia*. Buenos Aires: Kapeluz.
- SALVIA, Agustín y QUARTULLI, Diego. (2011). "La movilidad y la estratificación socio-ocupacional en Argentina". *Revista Laboratorio*, 24, 82-102.
- SEMBLER, Camilo R. (2006). *Estratificación social y Clases sociales. Una revisión analítica de los sectores medios*. Santiago de Chile: CEPAL.
- SVAMPA, Maristella y GONZÁLEZ BOMBAL, Inés. (2002). *Movilidad social ascendente y descendente en las clases medias argentinas: un estudio comparativo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

- TEJEDA, José Luís. (2005). "El laboratorio de la democracia en América Latina". *Espiral*, 32, 93-120.
- TORRE, Juan Carlos. (2003). "Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria". *Revista Desarrollo Económico*, 168, 647-665.
- TOURAINÉ, Alan. (1987). *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*. Santiago de Chile: PREALC.
- WEBER, Max. (1996). *Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- WRIGHT, Eric Olin. (1983). *Clase, crisis y estado*. España: Siglo XXI.
- WRIGHT, Eric Olin. (1994). *Clases*. España: Siglo XXI.

Notas

¹ Para una descripción detallada de los indicadores cuantitativos y de las dimensiones cualitativas del análisis del conflicto social y de la protesta desde 2003 y para una descripción de la metodología utilizada en la construcción de los datos ver Piva (2012b). Para el análisis de las transformaciones estructurales y del conflicto social y la protesta entre 1989 y 2001 ver Piva (2012).

² En la diferencia entre ambas categorías incide, entre otras variables, el tipo de relación de empleo, lo que incluye el tipo de contrato y la calidad, beneficios y oportunidades de promoción que ofrece el empleo.

³ Para una introducción a los debates conceptuales sobre estructura de clases y estratificación social y en particular sobre "Sectores medios" ver Crompton (1994) y Sembler (2006).

⁴ El último Wright (1994) avanzó en un modelo de explotaciones múltiples – basado en la noción de explotación de Roemer (1989) – en el que la explotación capitalista se articula con otras como las de organización y calificación.

⁵ En Piva (2013) hemos conceptualizado la categoría de "movilización" como proceso de constitución de sujetos, retomando también a Pérez (2007).

⁶ Esta reforma incluyó la remoción de los jueces emblemáticos de la "mayoría automática" menemista, la modificación por decreto de la selección de los jueces propuestos al senado que le dio un carácter público a una decisión discrecional del presidente y la elección de jueces respetados para cubrir las vacantes.

⁷ Hemos desarrollado más ampliamente este aspecto de la protesta en Piva (2012) Allí puede encontrarse también un mayor desarrollo de los conflictos y protestas en el período que aquí no podemos realizar.

⁸ Dado el problema que aborda este artículo, el del nexo establecido entre rechazo de la política y antipopulismo en la movilización antikirchnerista de clase media, hemos privilegiado en la

explicación la crisis de representación abierta con la crisis de 2001 en la que entendemos esta movilización se inscribe. Ello no significa negar el rol de la dictadura militar en la génesis de una orientación antipolítica en amplios grupos sociales. León Rozitchner fue pionero en establecer el vínculo entre terror y democracia. Desde esa perspectiva el vínculo de los individuos con la política está mediado por el terror, esa “nervadura que organiza y sostiene el espacio social” (Rozitchner 2003: 3) y que se oculta bajo la apariencia democrática. Ese enlace está de uno u otro modo presente también en la amplia bibliografía sobre la transición a la democracia en la Argentina y la región y sobre las características de las democracias establecidas, a pesar de la diversidad de enfoques. Solo para mencionar dos especialmente importantes, O’Donnell (1996) señaló el problema de los “legados autoritarios” de las nuevas democracias; Cavarozzi (2002) planteó que los fracasos sucesivos del gobierno de Isabel Perón, la dictadura militar y el gobierno de Alfonsín dieron lugar, en la segunda parte de los ’80 – después de la repolitización que suscitó el retorno a la democracia - a una creciente despolitización, que fue la base de la devaluación de la política y de una orientación antipolítica originada en el proceso de desarticulación del modelo estado céntrico y la valorización, en ese contexto, del modelo del “outsider” de la política explotado por Menem y el menemismo. En un planteo más vinculado al problema aquí tratado Barros (2002) muestra la articulación establecida por el proceso de reorganización nacional entre el discurso de la reforma económica y la inscripción en la “matriz populista” de todos los males de la argentina, estableciéndose así una equivalencia posible entre antipopulismo, antipolítica y liberalismo económico que resulta muy relevante para este trabajo. Sin embargo, el vínculo entre anti política y dictadura no alcanza a explicar el vínculo entre anti política y crisis de la democracia representativa, originada en varios países latinoamericanos en la irrupción de demandas democráticas y populares al inicio del nuevo siglo y presente en la crisis de 2001 en Argentina (Tejeda, 2005). Tampoco permite dar cuenta de la anti política como fenómeno general en los países centrales desde los ’80 y los ’90 y su articulación con las reformas neoliberales (fenómeno éste sí presente en la lectura de Cavarozzi y en el concepto de democracias delegativas de O’ donnell, pero no directamente vinculado con la dictadura). Nun (1995) fue uno de los primeros en señalar la relación entre el bajo grado de deliberación pública y la apatía política que caracterizaron a la democracia argentina de los ’90 y la articulación conflictiva desde 1983 de una doble transición: hacia un régimen político democrático y hacia un régimen social de acumulación neoliberal. En Piva (2012), desde una perspectiva diferente, hemos tratado ampliamente las condiciones de construcción y las características de la hegemonía menemista y su relación con la reestructuración del capitalismo argentino.

⁹ Este artículo se terminó de escribir en mayo de 2013. Las elecciones de Octubre de 2013 en las que el kirchnerismo tuvo una importante merma electoral – aunque conservó el status de primera fuerza nacional - y perdió en distritos de gran importancia como la Provincia de Buenos Aires, otorgan aun mayor centralidad a esta pregunta.

Fecha de recepción: 27 de mayo de 2013. Fecha de aceptación: 21 de abril de 2014.